

LA FUENTE DE BERRIOZABAETA

PATRIMONIO HISTÓRICO DE BIZKAIA

El suministro de agua ha sido una de las mayores preocupaciones del hombre desde las épocas más remotas. Sin embargo es a partir del siglo XVIII, cuando la necesidad de abastecimiento aumenta por una nueva sensibilidad higienista. En este momento se efectúan numerosas obras para la traída de aguas y la construcción de fuentes en la villa de Elorrio.

El siglo XIX asiste a una intensificación de la ideología del aseo, cuyos frutos se plasman en la construcción de nuevos lavaderos y fuentes en toda Bizkaia. Pero, en este caso, la obra no es asumida por el ayuntamiento o los vecinos reunidos en "auzolan", la fuente es el encargo de un particular que quiere ser recordado -y de hecho lo consigue- por el magnífico regalo que hace a su barriada natal.

Manuel Plácido de Berriozabalbeitia (Elorrio 1775 - Madrid 1850) nace en el caserío Berriozabalbeitia, a la derecha del camino que nos conduce a la fuente. Tras sus estudios consigue una plaza en la Administración de Perú donde realiza una exitosa carrera que culminará con la negociación de la independencia del país. Tras su vuelta a la península, en 1828, se dedicará a administrar sus bienes y ayudar a su familia.



Entre 1832 y 1833 realizará el palacio que se ubica a la izquierda del camino que lleva a la fuente. Esta primera obra será el germen de un proyecto mucho más ambicioso. Así, tras el palacio, se decide la construcción de la fuente y el lavadero con su camino de enlace, y el traslado de la vieja ermita de Santa Catalina que es reedificada desde los cimientos. Manuel Plácido no sólo pagará los trabajos, sino que hará generosas aportaciones posteriores para que no caigan en el abandono. Es patente el interés y el espíritu culto e ilustrado del indiano, deseoso de mejorar las condiciones de vida de sus paisanos, dignificar el aspecto formal de la barriada que le vio nacer y perpetuar la buena memoria de su figura.





El arquitecto elegido es un elorriano con vínculos familiares con el promotor. Se trata de Miguel de Elcoro Bereceybar, de ascendencia guipuzcoana, que estudió en la Real Academia de San Fernando. Esta es su obra más interesante, equiparable a las de cualquiera de sus colegas más conocidos. A la luz de este proyecto, se nos presenta como un arquitecto neoclásico estricto, fiel seguidor de la norma académica basada en la simetría y las figuras geométricas puras.

El emplazamiento elegido para la fuente es la parte baja del barrio, en una vaguada, y en su ubicación se palpa el claro objetivo de revalorizar el paisaje. La vista que se nos ofrece desde el inicio del camino es impresionante. El trecho desciende flanqueado por pilares cada cinco metros. El manantial se halla hacia la mitad del camino a la derecha y un poco más abajo se encuentra el depósito. Donde muere la calzada se abre una terraza artificial semicircular, que con razón ha sido relacionada con un teatro griego, abierta al Amboto, Alluitz, Aitzxiki, Unzillaitz y Mugarra.

La fuente es el motivo central del monumento. El frente lo plantea mimetizando el modelo de volúmenes yuxtapuestos que también utiliza en el palacio y la ermita. Son volúmenes rotundos, simples y armónicos, cuya única decoración se reduce a paneles lisos y un caño metálico en forma de cabeza de león. Este vierte el agua a un pilón rectangular que se adelanta. Los dos cuerpos laterales poseen sendos vanos termales a los que se accede por medio de tres escalones. Apoyado en esta primera pantalla, y de espaldas a él, se despliega en abanico un lavadero semicircular, excusa que da todo su sentido al conjunto. En torno a esta figura gira un hemiciclo resguardado por un muro donde se apoyan siete bancos. Se crea así un espacio escénico, consagrado como auténtico ámbito de reunión del barrio.



Por ende, el arquitecto no sólo buscó un marco refinado, culto y moderno para su época, sino que además aportó detalles que permitían una mayor comodidad y un uso más racional del espacio por parte de los usuarios. La fuente fue ideada únicamente para el uso humano, entorpeciendo la posible entrada de animales por el frente con cuatro pivotes en cada extremo enlazados por un murete que resguarda los tres primeros escalones.



Complementos como los sillares ubicados alternativamente alrededor del lavadero para arrodillarse, también delante del caño para recoger agua, o el respaldo de los bancos inciso en el muro de cierre, nos remiten a una filiación neoclásica, que contempla la belleza a través de lo racional, la proporción y la armonía.

El indudable valor que posee y el interés que suscita la fuente, impulsó a la Diputación Foral de Bizkaia a acometer su restauración entre 1992 y 1993.